

DOMINGO 19 DEL TIEMPO ORDINARIO

«Ánimo, soy yo, no tengan miedo» —Mt 14, 27

DOMINGO 19 DEL TIEMPO ORDINARIO

ÁNIMO, SOY YO, NO TENGAN MIEDO

Mt 14, 27

En medio de la tempestad, Jesús se acerca, nos toma de la mano y nos salva. La fe es confiar en Él cuando todo tiembla.





DIOS NO ESTÁ EN EL HURACÁN

El Señor no aparece en el huracán, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en la brisa suave, en el silencio.

1 Re 19, 11-13



DIOS ES AMOR QUE NO ABANDONA

Nada puede separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús.

Rom 8, 35-39



JESÚS CAMINA SOBRE LAS AGUAS

El se acerca en medio de la noche y del miedo: "Ánimo, soy yo, no tengan miedo".

Mt 14, 22-27



ÉL NOS TOMA DE LA MANO

Pedro dudó y se hundió, pero gritó: "Señor, sálvame". Y Jesús lo salvó.

Mt 14, 28-33

La fe no es tener todas las certezas, sino confiar en Jesús en medio de la tormenta.

¿QUÉ HAREMOS?



ORAR EN EL SILENCIO

Buscar a Dios en lo pequeño y en lo discreto cada día.



NO DEJAR QUE EL MIEDO GOBIERNE

Nombrarlo, compartirlo y ponerlo en manos del Señor.



RECONOCER A JESÚS EN LA CRISIS

El camina con nosotros justo en las noches difíciles.



GRITAR: "SEÑOR, SÁLVAME"

La oración sincera nos sostiene cuando nos hundimos.



AMAR A LOS ALEJADOS

Mirar con amor, sin condenar, y rezar por ellos.



CONFIAR: "SOY YO"

Apoyarnos en Jesús, más sólido que cualquier certeza.

LA CRISIS PASA. JESÚS QUEDA. CON ÉL, PODEMOS CAMINAR.

VERDADERAMENTE "ERES HIJO DE DIOS" Mt 14, 33

Las lecturas de este domingo forman una unidad narrativa articulada en torno a una pregunta existencial y eclesial: ¿dónde y cómo encontrar a Dios en medio de la tempestad? La respuesta común es sorprendente: Dios no aparece en los signos espectaculares de poder — el huracán, el terremoto, el fuego — sino en la brisa suave, en la voz que calma, en la mano que salva cuando uno se hunde. Las lecturas se articulan en cuatro movimientos:

- **1 Re 19, 9a.11-13a** → Paradigma veterotestamentario: Elías, el profeta guerrero que esperaba encontrar a Dios en el fuego y el terremoto, lo encuentra en una brisa tenue — «el rumor de un silencio». Dios subvierte las expectativas y enseña métodos más suaves.
- **Sal 84** → Eco orante: «Muéstranos, Señor, tu misericordia». Dios anuncia paz a su pueblo, la lluvia y el fruto de la tierra vendrán. Confianza serena en medio de la espera.
- **Rom 9, 1-5** → Apertura al misterio: Pablo expresa su dolor por el pueblo de Israel que no acogió al Mesías, pero reconoce con amor sus dones permanentes. Lección de amor universal que no condena sino que sufre y espera.
- **Mt 14, 22-33** → Cumplimiento narrativo: la barca zarandeada en la noche, Jesús caminando sobre las aguas, el episodio de Pedro — audaz, luego temeroso, luego salvado — y la profesión de fe final: «Verdaderamente eres Hijo de Dios».

El hilo conductor es el miedo como obstáculo para reconocer a Jesús y la fe como confianza que permite caminar sobre el agua — no sobre tierra firme. El arco va del profeta que aprende a encontrar a Dios en el silencio (Elías) → al apóstol que sufre por amor a los suyos sin rendirse (Pablo) → a la comunidad que aprende a reconocer a Jesús en medio de la tempestad (Mateo). Todo converge en las tres palabras de Jesús: «Ánimo, soy yo, no tengáis miedo».

CONCEPTOS TEOLÓGICOS

1. La teofanía de la brisa suave: Dios en lo pequeño y discreto (1 Reyes): Elías es un hombre de fuego: ha hecho bajar fuego del cielo, ha confrontado a los profetas de Baal, es un guerrero de Dios. Pero en el monte Horeb, Dios le da una lección fundamental: no

está en el huracán violento, ni en el terremoto, ni en el fuego — todos los signos tradicionales de la presencia divina. Está en la brisa tenue, en «el rumor de un silencio». Dios no se deja capturar por nuestras categorías de poder y espectacularidad. Enseña al profeta a suavizar sus métodos, a parecerse más al estilo del Siervo de Isaías: «la caña cascada no la acabará de romper».

2. El amor que sufre por los alejados sin rendirse (Romanos 9): Pablo muestra un amor apasionado por su pueblo judío que no acogió al Mesías. No los condena: sufre. Llegaría a «ser un proscrito lejos de Cristo» si con eso vinieran a la fe sus hermanos. Esta actitud es un modelo pastoral: ante la pérdida de fe de «nuestro pueblo» — los hijos alejados, los jóvenes que se van, los bautizados que se distancian — la respuesta no es la condena ni el desprecio, sino el amor que sigue reconociendo los dones del otro y sufre por él sin rendirse.

3. La barca en la noche: símbolo de la Iglesia en crisis: Mateo construye la escena con un simbolismo transparente para sus lectores: la barca lejos de tierra, la noche cerrada, el viento contrario, las olas que sacuden. Todo el lenguaje bíblico del caos y la amenaza. Es la imagen de la Iglesia en cualquier época de crisis: sola, lejos de la orilla segura, combatida desde fuera y tentada desde dentro por el miedo y la poca fe. La actualidad del relato es desconcertante: así viven no pocos creyentes el momento eclesial actual.

4. «Ánimo, soy yo, no tengáis miedo»: la autorrevelación de Jesús: Las tres palabras de Jesús son la clave del relato. «Soy yo» — en griego egó eimí, la misma fórmula con que Dios se revela en el Antiguo Testamento. Jesús no dice «tranquilos, soy yo». Dice: «Soy yo» — y en esas dos palabras está toda la cristología. La Divinidad se hace presente no en el poder dominante sino en la humanidad que viene en busca de los asustados, de los que ven fantasmas en la noche, de los que se hunden. Jesús camina sobre las aguas del caos para encontrar a sus discípulos.

5. Pedro: audacia, miedo, hundimiento y salvación: El episodio de Pedro — único en Mateo — es un retrato magistral de la fe humana. Pedro da el salto: pide caminar sobre el agua y lo logra mientras mantiene los ojos en Jesús. Luego «siente la fuerza del viento», «le entra miedo» y empieza a hundirse. El proceso es muy conocido: fijar la mirada en la amenaza en lugar de en Jesús, dejarse paralizar por el miedo, hundirse en la desesperanza. Pero antes de hundirse del todo, grita: «Señor, sálvame». Y esa invocación es suficiente. La fe no exige perfección: exige el grito.

6. Caminar sobre el agua: la fe como confianza, no como certeza: Los textos complementarios desarrollan una eclesiología de la crisis muy lúcida: la fe no es la afirmación teórica de verdades seguras. Es caminar sobre el agua — apoyar la existencia en Dios y no en razones, argumentos y definiciones. Se puede afirmar todos los dogmas y no vivir en actitud de fe; y se puede tener mil dudas y seguir caminando sobre el agua sostenido por la confianza. La palabra hebrea para fe — 'amán, de donde viene «amén» — significa precisamente «apoyarse» en alguien más sólido que uno mismo.

El material invita a una interpelación eclesial (textos complementarios): ¿Ha entrado el miedo en la Iglesia? ¿Estamos buscando falsas seguridades en lugar de caminar sobre el agua hacia Jesús? ¿Sabemos gritar «Señor, sálvame» antes de hundirnos? La crisis como purificación, no como final.

La distribución forma un movimiento que va del encuentro con Dios en el silencio (Elías) → al amor que sufre sin rendirse (Pablo) → al reconocimiento de Jesús en la crisis (Mateo) → a la conversión eclesial que la crisis exige (textos complementarios). El texto no invita a la resignación sino a una fe más pura: menos apoyada en seguridades externas, más arraigada en la confianza personal en Cristo.

Hay noches en que la barca personal o comunitaria parece que va a zozobrar. El viento es contrario, las olas sacuden, la orilla está lejos y Jesús parece ausente. En ese momento el miedo hace ver fantasmas donde está Cristo. Y Jesús aparece — no en el huracán ni en el terremoto, sino caminando sobre las mismas aguas que nos asustan — y dice las tres palabras que todo lo cambian: «Ánimo, soy yo, no tengáis miedo». No promete que no habrá tormentas. Promete que Él estará en ellas. Y nos invita, como a Pedro, a saltar de la barca y caminar sobre el agua — no sobre tierra firme — sostenidos no por nuestras certezas sino por nuestra confianza en Él.

El texto nos interpela en dos niveles.

A nivel personal: ¿cuáles son las tempestades que amenazan nuestra barca — la enfermedad, el fracaso, la duda, la soledad, el pecado? ¿Reconocemos a Jesús en medio de ellas o el miedo nos hace verlo como un fantasma? ¿Sabemos gritar «Señor, sálvame» antes de hundirnos del todo?

A nivel eclesial: el texto es de una actualidad perturbadora. La Iglesia actual vive su propia tempestad — pérdida de credibilidad, secularización, escándalos internos, crisis vocacional. El miedo ha entrado en la barca. Pero el texto nos dice que esta crisis no es el final sino la purificación: Jesús se acerca precisamente desde el interior de la tormenta. El problema no es la crisis sino nuestra incapacidad de reconocerlo en ella.

Y la lección de Elías añade algo decisivo: Dios no está donde nosotros lo buscamos. No está en el poder, la espectacularidad, el éxito visible. Está en la brisa tenue, en el rumor del silencio, en lo pequeño y discreto. La conversión que la tempestad pide es también una conversión de métodos: de la barca del ruido y el activismo a la barca del silencio y la oración.

Elías era un hombre de fuego. Había hecho maravillas. Había confrontado solo a cientos de falsos profetas y había ganado. Pero luego tuvo que huir, agotado y perseguido, hasta el monte donde Dios había hablado a Moisés.

Allí esperó encontrar a Dios. Y llegó un huracán tan violento que partía las rocas. Pero el Señor no estaba en el huracán. Luego un terremoto. Tampoco. Luego fuego. Tampoco. Y entonces — después de tanta espectacularidad — llegó una brisa tenue. Algunos traducen: «el rumor de un silencio». Y ahí estaba Dios.

Era una lección que Elías necesitaba aprender: Dios no se encuentra donde uno lo espera. No en el poder, no en la fuerza, no en los métodos del huracán. Sino en lo pequeño, lo discreto, lo silencioso. El profeta guerrero tenía que aprender a ser más suave.

Esa misma noche, al otro lado de los siglos, los discípulos de Jesús están en una barca en medio del lago de Galilea. Jesús no está con ellos — se ha retirado al monte a orar. Y el viento se levanta, las olas sacuden la barca, y la oscuridad de la noche hace que todo parezca más amenazante. Pescadores expertos, acostumbrados al lago, sintiendo que esto supera su experiencia.

Y entonces ven algo que se acerca caminando sobre el agua. El miedo los paraliza. Gritan. Creen que es un fantasma. Y en ese momento de pánico absoluto, oyen una voz:

«Ánimo, soy yo, no tengáis miedo».

«Soy yo.» En griego: egó eimí. Las mismas palabras con que Dios se presentó a Moisés en la zarza ardiente. No «tranquilos, soy yo el de siempre». Sino «Yo Soy» — la presencia de Dios mismo caminando sobre las aguas del caos para encontrar a sus discípulos asustados.

Pedro — como siempre, primero en actuar — grita: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua». Y Jesús dice: «Ven». Pedro salta. Y camina. Mientras mantiene los ojos en Jesús, camina sobre el agua. Pero luego siente la fuerza del viento, le entra miedo, y empieza a hundirse.

Ese proceso lo conocemos todos: ver la amenaza en lugar de a Jesús, dejarse paralizar por el miedo, hundirse en la desesperanza. Pero Pedro, antes de hundirse del todo, hace lo único que puede hacer: grita.

«Señor, sálvame».

Y la mano de Jesús lo agarra. Y le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?» No es un reproche cruel. Es casi una pregunta con ternura: ¿por qué dejaste de mirarme?

Cuando Jesús sube a la barca, el viento amaina. Y los que estaban en la barca se postran y dicen: «Verdaderamente eres Hijo de Dios». No lo reconocieron caminando sobre el agua. Lo reconocieron cuando la calma volvió. Así suele ser: en la tormenta vemos fantasmas donde está Cristo. Y después, en la serenidad recuperada, reconocemos que era Él.

¿No es esta la historia de la Iglesia en cada época de crisis? La barca sacudida, el viento contrario, la noche cerrada. El miedo que hace ver fantasmas. Y Jesús que se acerca precisamente desde el interior de la tempestad, que no promete calma antes de subir a la barca, que camina sobre las mismas aguas que nos asustan y dice: «Ánimo. Soy yo. No tengáis miedo.»

Esta crisis no es el final. Es la purificación que necesitamos para soltar las falsas seguridades y aprender a caminar sobre el agua — no sobre tierra firme, no apoyados en el poder y el prestigio de otros tiempos, sino sostenidos únicamente por la confianza en Él. Eso es la fe. «Apoyarse» — como dice la palabra hebrea 'amán — en alguien más sólido que uno mismo.

Ahora ... qué haremos?

La lección de Elías es permanente: Dios no está en el huracán, el terremoto ni el fuego. Está en la brisa tenue. Proponer en la comunidad una conversión de estilo: menos activismo ruidoso, más silencio orante. Valorar los gestos pequeños y cotidianos como lugar de encuentro con Dios. Recuperar la oración contemplativa como forma de discernimiento pastoral.

Nombrar y acoger el miedo sin dejar que paralice

En la Iglesia ha entrado el miedo: al desprestigio, a la pérdida de poder, al futuro incierto. El primer paso es nombrarlo honestamente. El texto no niega el miedo de los discípulos: lo describe con realismo. Pero invita a no dejarse gobernar por él. Crear espacios comunitarios donde se pueda nombrar el miedo sin vergüenza, como paso previo a escuchar la voz de Jesús que calma.

Reconocer a Jesús en la crisis, no solo después de ella

Los discípulos reconocieron a Jesús cuando la tormenta amainó. El desafío es reconocerlo en medio de ella. Proponer en la formación comunitaria el discernimiento de la presencia de Jesús en los momentos difíciles: ¿dónde está actuando Dios en esta crisis? ¿Qué quiere purificar? ¿Hacia dónde nos está conduciendo?

Aprender a gritar «Señor, sálvame»: la oración como invocación en la crisis

Pedro no salva su situación con su habilidad ni con su fe perfecta. La salva con un grito. La fe en los momentos de hundimiento no es siempre una experiencia serena: a veces es un grito de socorro. Proponer en la pastoral una espiritualidad que normalice el grito orante en la crisis: los salmos de lamentación, la oración de intercesión, el «Señor, sálvame» como forma legítima y profunda de fe.

Amar a los alejados sin condenarlos: el modelo de Pablo ante Israel

La actitud de Pablo ante los judíos que no acogieron a Cristo — amor apasionado, dolor sincero, reconocimiento de sus dones, sin condena — es un modelo para la pastoral con los alejados de la fe. Proponer una cultura comunitaria que sustituya el juicio por el amor que sufre, que reconozca los valores de quienes se alejan, que rece por ellos sin exigirles su retorno inmediato.

Vivir la fe como confianza, no como sistema de certezas: caminar sobre el agua

La crisis de la Iglesia es también una oportunidad para redescubrir qué es realmente la fe. No la afirmación segura de verdades, sino el 'amán bíblico': apoyarse en Dios como en alguien más sólido que uno mismo. Proponer en la catequesis y la predicación una presentación de la fe que acoja las dudas como parte del camino, que distinga entre dificultades intelectuales y pérdida de confianza, y que anime a caminar sobre el agua con los ojos puestos en Jesús.

DOMINGO 19 DEL TIEMPO ORDINARIO

ÁNIMO, SOY YO, NO TENGAN MIEDO

Mt 14, 27

En medio de la tempestad, Jesús se acerca, nos toma de la mano y nos salva. La fe es confiar en Él cuando todo tiembla.



- DIOS NO ESTÁ EN EL HURACÁN**
El Señor no aparece en el huracán, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en la brisa tenue, en el silencio.
1 Re 19, 11-13
- DIOS ES AMOR QUE NO ABANDONA**
Nada puede separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús.
Rom 8, 35-39
- JESÚS CAMINA SOBRE LAS AGUAS**
Él se acerca en medio de la noche y del miedo: "Ánimo, soy yo, no tengan miedo".
Mt 14, 22-27
- ÉL NOS TOMA DE LA MANO**
"Pedro, levántate y ven, yo te haré caminar sobre las aguas".
Mt 14, 28-31

LA FE NO ES TENER TODAS LAS CERTEZAS, sino confiar en Jesús en medio de la tormenta.

DOMINGO 19 DEL TIEMPO ORDINARIO

ÁNIMO, SOY YO, NO TENGAN MIEDO

Mt 14, 27

Jesús se acerca. Nos toma de la mano. Nos salva.



- DIOS NO ESTÁ EN EL HURACÁN**
Él está en la brisa tenue, en el silencio.
1 Re 19, 11-13
- DIOS ES AMOR QUE NO ABANDONA**
Nada puede separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús.
Rom 8, 35-39
- JESÚS CAMINA SOBRE LAS AGUAS**
En medio de la noche y del miedo dice: "Ánimo, soy yo, no tengan miedo".
Mt 14, 22-27
- ÉL NOS TOMA DE LA MANO**
"Pedro, levántate y ven, yo te haré caminar sobre las aguas".
Mt 14, 28-31
- VERDADERAMENTE ERES HIJO DE DIOS**
Responde a Jesús en la tormenta transformando nuestro corazón.
Mt 14, 32

Cuando todo tiembla, confía. ÉL ESTÁ CONTIGO.